

LXXV.

»Andrógeo así despaorido hura, o calda
Y á su tropa nósefros con denuedo
Cargámos, que el lugar desconocía,
Y á más temblaba en vergonzoso miedo:
Cargámosla, y en ellos á porfia
Matar pudimos. Animoso y ledo
Al aura de fortuna lisonjera,
Corebo razonó de ésta manera:

LXXVI.

«Bien la fortuna apunta, amigos, ¡real!
»El camino sigamos que señala:
»Con los Griegos cambiemos de librea;
»En mal del enemigo, ¿quién no iguala
»Fuerza y astucia? ¡El mismo armas provea!
Dice, y ciñe el estoqué argivo, y cala
El almete de Andrógeo penachudo,
Y ornado de blason prende el escudo.

LXXVII.

Rifeo le imitó; ni hacerlo dudán
Dímas al punto y los demás presntas:
Todos en armaduras propias mudan
Los trofeos magníficos re-ientés:
Así ajenos auspicios nos escudán
Y oscuro el aire: á su favor frecuentes
Choques de paso aventurando á tiento,
Despeñamos al Orco almas sin cuento.

LXXXVIII.

»Cuáles en tanto, de peligro ajenos,
Merced de presta fuga, en la ribera
Se acogen á las naves: cuáles llenos
De vil temor, del monstruo de madera
En los profundos conocidos senos
Trepan á guarecerse. Mas ¿qué espera
El mortal infeliz, ó en qué confía,
Si al brazo de los Dioses desafía?

LXXXIX.

»Hé aquí entre ásperas puntas, falleciente,
Casandra, hija de Priamo, iba envuelta:
Del sagrario de Pálas por furente
Ciego invasor arrebatada; suelta
La cabellera; al cielo vanamente
Con vivísimo ardor los ojos vuelta...
¡Los ojos, ay, que las hermosas manos
Con cadena oprimieron los villanos!

LXXX.

»No tal sufrió Corebo arrebatado,
Y entre el tumulto, de morir sediento,
Precipitóse: en escuadron cerrado
Seguimos los demás su movimiento.
Mas, ¡ay dolor! los nuestros del terrado
Del templo, observan en fatal momento
Nuestro arreo y crestones, y en su engaño
Presto nos hacen lastimoso daño.

LXXXI.

»Como vientos aligeros que en roto
 Torbellino se encuentran frente á frente,
 Y Zéfiro combate, y Euro, y Noto,
 —Euro, que en sus bridones del Oriente
 Va ufano;—y gime estremecido el soto,
 Y, de espumas cubierto el gran tridente,
 Nereo en su furor no da reposo,
 Y mueve desde el fondo el mar undoso:

LXXXII.

»Así brama, con fiera arremetida
 Correspondiendo á nuestro audaz embate
 Caterva que á vengar salta ofendida
 De la doncella el súbito rescate:
 Ajax violento, y uno y otro Atrida,
 Y los Dólopes todos. En combate
 Entran también los que esparcido habia
 Por la oscura ciudad nuestra arteria.

LXXXIII.

»Tornan éstos á hallarnos cara á cara,
 Y el habla que nos oyen diferente
 El disfraz de las armas les declara.
 Al número sucumbe, en fin, mi gente.
 Peneleo á Corebo al pié del ara
 Inmoló de la Diosa armipotente;
 ¡Ay! de los suyos recibiendo heridas
 Rinden Dímas é Hípanis las vidas.

LXXXIV. i

»Ni tu piedad ni el apolíneo velo
 Te hurtaron, Panto, á la enemiga hueste:
 Y el justo, el santo del troyano suelo,
 Rifeo, cae, sin que amparo preste
 A su virtud (¡misterio grande!) el Cielo.
 Conmigo Ífito y Pélias quedan: éste
 Mal herido de Ulises, tardo el paso;
 Esotro por la edad de fuerza escaso.

LXXXV.

»Con ellos en forzosa retirada
 Abandoné la desigual porfía.
 ¡Oh pira extrema de mi Patria amada,
 Sacras cenizas de la gente mía!
 Testigos sed que en la infeliz jornada
 Tanto arrostré cuanto arrostrar debía,
 Y, á consentirlo el fallo de la suerte,
 Ganara por mi mano honrosa muerte.

LXXXVI.

»Torcemos al estruendo sin tardanza
 Al palacio del Rey, do tan horrenda
 Refriega hallamos, cual si a quella estancia
 Fuese el único campo á la contienda;
 ¡Tal era el brio y la marcial pujanza!
 ¡Así en masa á los Griegos estupenda
 Precipitarse vemos, y la entrada
 Asediar bajo densa empuavesada!

LXXXVII.

»De un lado y otro el edificio ascienden.
 Por pilares y escalas; con los brazos,
 El escudo al izquierdo, se defienden.
 De pedradas sin cuento y saetas;
 Suelto el derecho, en el remate prenden
 Del edificio altísimo. En pedazos
 En tanto los troyanos campeones
 Las techumbres derruecan y bastiones.

LXXXVIII.

»De tales armas su defensa fian,
 Áureas traveses lanzando en su despecho
 Que de antiguos monarcas dado habían
 Noble decoro al admirado techo.
 Otros abajo á resguardar se alían
 Las puertas, y tras ellas en estrecho
 Grupo, puñal en mano, se aglomeran,
 Y apercebidos la avenida esperan.

LXXXIX.

»Al palacio escalado se convierte
 Mi atención toda: diligente acudo
 A esforzar á quienquier se desconcierte
 Y alientos dar contra el asalto crudo.
 Un portillo hubo atrás, que á buena suerte
 Al ciego sitiador hurtarse pudo;
 Tras él los tramos del palacio unía
 Tránsito oscuro, oculta galería.

XC.

»Por allí sola Andrómaca en su duelo;
 Cuando aún cetro empuñaba el Rey anciano;
 Ir solía á sus suegros, y al abuelo
 Llevaba el hijo tierno de la mano.
 A entrar por allí mismo ahora yo vuelo;
 Calo el postigo, y la eminencia gano,
 Do abajo (¡vano ardor!) los Teucros echan
 Cuanto á la mano ven, cuanto destechan.

XCI.

»Á plomo allí con la pared se erguía
 Excelsa torre en la región del viento,
 Que toda la ciudad mandaba un día
 Y la enemiga armada y campamento.
 Por do fácil de herir aparecía
 Batámosla en redor: del alto asiento
 Al combinado impulso desprendida,
 Cede, y precipitamos su caída.

XCII.

»Ella rodando con fragoso estruendo
 En fragmentos veloz se despedaza,
 Y abajo amplio escuadrón tapa cayendo,
 Que otro, cual ola súbita, reemplaza.
 Sigue sin tregua el combatir tremendo:
 Ya ante el mismo vestibulo amenaza
 Pirro animoso; en el umbral primero,
 Con metálica luz radiante y fiero;

XCIII.

»Cual dragon que aterido, soterrado,
De venenosas hierbas se sustenta,
Mas de nuevo arreándose, en el prado
Sale á campar cuando el calor le alienta:
Voluble el lomo en roscas arrollado
Miles colores con la luz ostenta;
Al sol mirando, el cuello al aire libra,
Y la trisulca lengua hórrido vibra.

XCIV.

»Automedonte, que de Aquiles fuera
Auriga, ora escudero, y Perifante
Corpulento acomete, y la guerrera
Esciria juventud, y á un mismo instante
Llama arrojan que al aire va ligera:
Pirro, hacha en mano, abócase adelante,
Quiciales estremece, vigas raja,
Y las ferradas puertas desencaja.

XCV.

»Las trabes á su empuje crujen, ruedan;
Enorme boqueron dan los tablones,
Ni cosa abrigan que ocultarle puedan
Dentro los vastos atrios y salones:
De los antiguos soberanos quedan
Francas y descubiertas las mansiones,
Y afuera comparecen los soldados
Que las puertas guardaban atropados.

XCVI.

»¡Oh cuánta turbacion adentro! ¡oh cuánto
Terror! Los huecos artesones llena
Femenil alarido, ronco planto,
Grita confusa y vária al cielo suena.
Cruzan matronas con afan y espanto
Las anchas salas que el rumor atruena,
Y las columnas á abrazar se arrojan,
Las besan, y en sus lágrimas las mojan.

XCVII.

»Mas Pirro igual al padre se adelanta.
¿Qué arma, qué brazo atajará el pujante
Hierro esgrimido con braveza tanta?
Postes ni cerraduras son bastante;
Ferrada maza á golpes los quebranta.
Plaza abre á fuerza: á quien le va delante
Atierra, y su cohorte furibunda
A la redonda el edificio inunda.

XCVIII.

»Así de altiva cumbre se desata
De pronto hinchado un espumoso rio,
Y oleadas horrisonas dilata
Hundiendo el malecon, creciendo en brío;
Y establos y ganados arrebatada
Impetüoso. Yo, yo vi al impío
Cebarse airado en el estrago horrendo;
Vi á los Atridas el umbral cubriendo.

XCIX.

»Vi á Hécuba y sus hijas, sus amores;
Vi á Príamo, del ara en el sagrado,
El fuego que adoraron sus mayores
Matar en sangre suya mal su grado;
Vi los cincuenta lechos, que de flores
Había la esperanza engalanado
En pro del trono, y las soberbias puertas,
De oro y rico botín rodar cubiertas.

C.

»Griegos el campo ocupan que aún da el fuego,
—Mas ya ansiosa querrás, augusta Dido,
De Príamo saber. Príamo, luégo
Que de las puertas oye el estallido,
Y encima siente al desbordado Griego,
Ciñe al endeble cuerpo envejecido
Inútil hierro y olvidada malla,
Y aguija á perecer en la batalla.

CI.

»Al raso en medio del palacio había
Ancho altar, y por cima un lauro anciano.
Asonbrando á los Lares, descogía
Denso follaje de verdor lozano.
Hécuba en la marmórea gradería
Con sus hijas los Dioses ciñe en vano,
Bien cual palomas que en bandada ayienta,
El repentino són de la tormenta,

CII.

»Como á recursos el Monarca apele
Ya ajenos á su edad, «¿Qué desvario,»
Hécuba clama, «á perdición te impele?»
»Hoy de mi Héctor la fuerza y poderío
»Fuera en vano; pues ¿qué ese brazo imbele
»Hará en el caso extremo? Esposo mio,
»Vén: este altar refugio á todos sea,
»O á todos juntos sucumbir nos vea.»

CIII.

»Dice; á su lado le reduce, y puesto
Sobre las losas á ocupar le obliga.
Desacordado y jadeante, en ésto,
Polítes, de ellos hijo, á quien hostiga
Pirro desaforado, el pié, tan presto
Como lo sufre su mortal fatiga,
Por los vacíos atrios acelera,
Y señala con sangre su carrera.

CIV.

»Ya con la pica por detras le toca,
Ya entre las manos el cruel le mira,
Cuando en faz de sus padres desemboca,
Y dando en tierra ensangrentado espira.
El venerable viejo, á quien próvoca
El duro lance á generosa ira,
No en lo sumo del riesgo el labio sella,
Mas respetos y amagos atropella:

CV.

«Si justo el cielo de los hombres cura,
 »Daráanos,» dice, «por tamaña ofensa,
 »A mí venganza á colmo; larga y dura
 »A tí la merecida recompensa!
 »Poner te place al padre en angostura
 »De ver caído al hijo sin defensa,
 »Y no acatando encanecidas sienes
 »A darle en rostro con su sangre vienes.

CVI.

»Calla de hijo de Aquiles el dictado,
 »Que le desmiente tu cobarde encono:
 »Él supo dar la mano al que postrado
 »Miró á sus piés en mísero abandono;
 »Tornóme el hijo muerto, que enterrado
 »Fuese en fúnebre pompa, y á mi trono
 »Me concedió volver.» Dijo, y con tardo
 »Aliento el Rey de allí soltóle un dardo.

CVII.

»Que rebotado al punto con sonido
 Ronco, al tocar el defendido acero,
 Quedó en el centro del broquel prendido.
 Pirro repuso con sarcasmo fiero:
 «¡Sí, vé á mi padre, y que su ejemplo olvido
 »Díle; que de su sangre degenero;
 »Que oprobio eterno de mi porte espere;
 »Eso y más dile; y por ahora muere!»

CVIII.

»Y diciendo y haciendo, el inhumano
 Al mismo altar impávido arrastraba
 Al noble Rey, que, trémulo de anciano,
 En la sangre del hijo resbalaba:
 Le ase del pelo con la izquierda mano,
 Y con la diestra á su placer le clava
 Hasta el pomo la daga en el costado,
 Fúlgida en alto habiéndola vibrado.

CIX.

»Tal rodó su corona refulgente;
 Tal vino á ver su antigua fortaleza
 Humo y polvo tornarse de repente,
 Aquél que al esplendor de su grandeza
 Miró á cien pueblos inclinar la frente!
 Su cuerpo, tronco informe, la cabeza
 Cercenada por bárbara cuchilla,
 Yace sin nombre en solitaria orilla.

CX.

»Horror profundo allí por vez primera
 Sobrecogióme, viendo la agonía
 Penosa de mi Rey, y la manera
 Como el postrero anhélito rendía.
 Mi padre, que cuanto él anciano era,
 Delante me fingió la fantasía:
 La dulce esposa, el hijo tierno, á rudo
 Ultraje abandonados sin escudo.

CXI.

»Por ver con quiénes cuento, en torno paso
 Las miradas; á nadie ya diviso:
 Dieron unos al fuego el cuerpo laso,
 Arrojáronse otros de alto piso.
 Así todo oteándolo de paso,
 Al claror de las llamas, de improviso
 Observo un bulto en el umbral de Vesta;—
 Erase Elena en lo escondido puesta.

CXII.

»Esa ahora á las aras acogida,
 Furia que al mundo le nació ominosa,
 De Troyanos y Griegos maldecida,
 De Griegos y Troyanos temerosa,
 Salvar tentaba la infelice vida
 Huésped ingrata, amancillada esposa;
 Matar pensé la infame advenediza
 Por vengar de la Patria la ceniza:

CXIII.

»¿Cómo? ¿habrá de salvarse la menguada
 »Rastrándose en oscuros escondrijos?
 »¿Y en Micéas y Esparta hará su entrada
 »Reina ella entre marciales regocijos,
 »De troyanos esclavos acatada
 »Tornando á ver esposo, padres, hijos?
 »¿Y Troya en bravas llamas consumida?
 »¿Y triunfante el acero regicida?

CXIV.

»¿Y para esto tornada ardiente lago
 »Tantas veces la playa en sangre nuestra?
 »¡Oh! ¡no! que si en matar una hembra, no hago
 »De varonil valor gloriosa muestra,
 »Dar á tal monstruo el merecido pago
 »Hazaña es justa y digna de mi diestra:
 »No ya sedienta al envainar mi espada,
 »Más de una sombra dejaré vengada!»

CXV.

»Rugia yo con voz tempestüosa
 Cuando espléndida toda de hermosura,
 Me apareció mi madre bondadosa
 Radiante entre la sombra de luz pura,
 Con el encanto y majestad de Diosa
 Con que se muestra en la celeste altura;
 Súbito el vengador brazo me toca,
 Y abre entre aromas la purpúrea boca:

CXVI.

«¡Cálmate, hijo! ¡tus palabras mide;
 »Tu pecho hirviente su ímpetu reportel
 »Dí, ¿será justo que el rencor te olvide
 »De la familia nuestra, y no te importe
 »Saber si el genitor, á quien impide
 »Vejez cansada, el hijo, la consorte
 »Vivos están? ¿No ves que los circunda
 »La multitud que la ciudad inunda?

CXVII.

»Por mí, el hierro su sangre no devora;
 »Por mí, el fuego sus huesos no calcina.
 »¿Y á qué la faz baldona seductora
 »De esa Lacedemonia que abomina
 »Tu corazón? Y á París á deshora
 »¿Por qué oprobias? No tiene la ruina
 »De Troya la opulenta humano origen:
 »Airados Dioses son quienes la affigen.

CXVIII.

»Es fuerza superior la que derriba
 »Sus altos techos. Si cejar te duele,
 »Yo esa que lenta en derredor te priva
 »De luz, haré que de tus ojos vuele,
 »Húmeda, opaca niebla, y la cautiva
 »Vista dilates. Quién, verás, demuele
 »Aquestos muros, y al materno aviso
 »La frente inclinarás grato y sumiso.

CXIX.

»Allá, do envuelto en polvo el humo ondea,
 »Y en pié no hoy mole ya ni canto alguno,
 »La ciudad en su asiento bambalea
 »A golpes del tridente que Neptuno
 »Sacude. Acá sobre la puerta Escea
 »Ante todos sañuda ayanza Juno,
 »Y audaz, cubierta de acerada escama,
 »La amiga tropa de las naves llama.

CXX.

»Torna, torna á mirar: Pálas cruenta
 »Ya los altos alcázares domina.
 »Y envuelta en nimbo centelloso, ostenta
 »La terrible cabeza serpentina.
 »A los Dánaos el Padre mismo alienta,
 »El Padre universal, y en la divina
 »Legion contra tu Patria iras enciende.
 »Tú el hierro envaina, pues; la fuga emprende.

CXXI.

»Nada temas: tu planta irá segura
 »De la paterna casa á los umbrales;
 »¡Contigo soy!» Y bajo sombra oscura
 Encubrióse, al decir palabras tales.
 Entónces la terrífica figura
 Vi de adversas deidades colosales;
 La hoguera ví donde Ilión se abrasa;
 Y Troya conmovida por su basa,

CXXII.

»Cual viejo fresno que la ufana frente
 Señorease sobre el monte enántes,
 Y hora en redor la campesina gente
 Le diese al tronco hachazos incesantes;
 Que la alta copa temerosamente
 Estremece á los golpes resonantes,
 Y amenaza, y restalla, y de la cumbre
 Desploma con fragor su pesadumbre.

CXXIII.

»Desciendo, en fin; mis piés mi madre guia;
 Campo las armas dan, receja el fuego.
 Mas no bien de la antigua casa mia
 Á los umbrales anhelante llevo,
 Mi padre, ¡ay! el primero á quien quería
 Fuera llevarme, niégase á mi ruego
 Pues sobre tantas ruinas apellida
 Vil el destierro y mísera la vida:

CXXIV.

«¡Huid los que en lozana primavera
 »Corazon abrigais esperanzado:
 »No así el Cielo mi nido destruyera
 »Si fuese mi existencia de su agrado!
 »¿Qué aguarda el que la Patria ya á extranjera
 »Cadena vió doblarse? demasiado
 »Sobrevivo al estrago de los míos;
 »¡Oh! ¡dadme el adiós último, y partíos!

CXXV.

»Avara del botín, condolecida
 »De mi miseria, el fin dará que aguardo
 »Alguna mano á mi cansada vida;
 »Ni por falta de tumba me acobardo.
 »A mi inútil vejez, aborrecida
 »De los Dioses, el término retardo
 »Desde qué plugo al brazo omnipotente
 »Lanzarme un rayo y aturdir mi mente.»

CXXVI.

»Mi padre así tendido en tierra dijo;
 Y vanamente en lágrimas bañados
 Yo, mi Creusa, mi inocente hijo,
 Todos le suplicamos apiñados
 No así mal tanto consumase, fijo
 En afrontar los inminentes hados;
 Mas él, sordo al solícito lamento,
 Mantiénese en su puesto y firme intento,

CXXVII.

»Torno á las armas, y el arnes requiero,
 Y á morir batallando me preparo;
 Ni más alivio á mi dolor espero,
 Ni otra salida, ni mejor reparo.
 «¡Oh padre mio!» en mi dolor profiero;
 «¿Y pudiste idear que en desamparo
 »Te abandonase por salvarme? ¿Agravios
 »Vierten cual éste paternos labios?

CXXVIII.

»Si es que completa asolacion previene
 »A Troya el Cielo en su insaciable enojo,
 »Si la medida quieres que se llene
 »Con nuestros restos, cumplirás tu antojo:
 »Ya vendrá Pirro; franco el paso tiene;
 »Pirro con sangre del Monarca rojo,
 »De cuyo brazo matador no ampara
 »Ni al hijo el padre, ni al anciano el ara.

CXXIX.

»¿Y á esto sólo me sacas, alma Dea,
 »Salvo por medio del adverso bando?
 »¿A que testigo en mis hogares sea,
 »No ya en la lid, de su rencor infando?
 »¿A que, uno entre la sangre de otro, vea
 »Hijo, padre y esposa agonizando?
 »¡Al arma! ¡al arma! ¡La postrera hora
 »Llama al vencido, amigos, vengadora!

CXXX.

»¡Tornar dejadme á la ardua lid! Mi diestra
 »Renovará el conflicto: al fin, vengada
 »Corra, si ha de correr, la sangre nuestra.»
 Dije, á la cinta acomodé la espada,
 Y el escudo embrazando á la siniestra,
 Ya iba á salir, cuando mi esposa amada
 Se echa á mis piés en el umbral de hinojos,
 Y nuestro dulce hijo alza á mis ojos.

CXXXI.

«Si es morir lo que atentas,» me decia,
 «Todos iremos á morir contigo;
 »Mas si aún tu brazo de las armas fia,
 »Primero es que defiendas este abrigo.
 »¡Cómo! tu hijo, tu padre, la que un dia
 »Buena esposa llamaste, ¿al enemigo
 »Así vas á entregar?» Tal su desgracia
 Gime; el eco en los ámbitos se espacia.

CXXXII.

»Súbita maravilla sorprendente
 De todos luégo las miradas llama:
 En medio del abrazo y el doliente
 Coloquio paternal, brota una llama
 De Ascanio en la corona, y por su frente
 E ilesos rizos mansa se derrama:
 Quién, al verle, el cabello le sacude;
 Quién ya con agua, en su temor, le acude.

CXXXIII.

»Mas mi padre con plácida alegría
 El rostro augusto eleva; ambas las manos
 Tiende, y al cielo esta plegaria envía:
 «¡Omnipotente Júpiter, si humanos
 »Ruegos te mueven á clemencia pia,
 »Una mirada compasiva dános!
 »Si merecemos protección, propicio
 »Sénos, y sella el venturoso auspicio.»

CXXXIV.

»Á estas voces en súbita estampida
 Tronó á la izquierda; y por el vago cielo
 Rápida estrella de esplendor vestida
 Hendió á la noche el nebuloso velo:
 Llegaba hácia nosotros, cuando al Ida,
 Alumbrando el camino, tuerce el vuelo;
 Su luengo sulco blanda luz señala,
 Y humo sulfúreo al esconderse exhala.

CXXXV.

»Convéncese mi padre, se levanta,
Da gracias á los Númenes, y adora
La luz divina. «Gobernad mi planta;»
Dice: «no más suscitaré demora. —
»Y ¡oh patrios Dioses! vuestra mano santa.
»Reconozco que á Troya cubre ahora:
»¡Mi familia guardad, guardad mi nieto!
»Partamos, hijo; la Deidad respeto.»

CXXXVI.

»Mas ya el calor sofoca; ya se escucha
Más y más cerca el fuego turbulento
Que con los muros y edificios lucha.
Su furor avivando y movimiento.
«Sube en mis hombros, padre: á fe que mucha»
»No ha de serles la carga: en todo evento,
»Uno sea el peligro á entrambos; una,
»O piadosa ó adversa, la fortuna.

CXXXVII.

»Ascanio venga de su padre al lado;
»Tú, Creusa, seguir mis huellas cuida;
»Y todos en los ánimos grabado
»Tened lo que os encargo en esta huida:
»Bien sabeis, servidores, de un collado
»Que está de lá ciudad á la salida;
»Do de Céres ruinoso un templo antiguo:
»A un vetusto cipres yace contiguo:

CXXXVIII.

»Cipres que nuestros padres reverentes
»Honraron siempre en sus felices dias;—
»Allí nos juntaremos, diligentes
»Sendereando por diversas vias.—
»Toma, ¡oh padre! los Dioses: yo de ardientes
»Refriegas salgo; si las manos mias
»Pusiese en ellos, en corriente clara
»No lustradas aún, los profanara.»

CXXXIX.

»Callo; y encima del comun vestido,
Con una piel bermeja leonina
Los anchos hombros encubrirme cuido,
Y al grato peso mi cervíz se inclina.
El tierno Ascanio, de mi mano asido,
Conmigo á paso desigual camina:
Quedóse atrás mi esposa: opaca niebla
En torno nuestro los espacios puebla.

CXL.

»Mas yo que en la ciudad momentos ántes
No temí de la lid el alto estruendo,
No las armas, no griegos batallantes
Remolinados en tropel horrendo,
Ahora al sonar las auras oscilantes,
Al más leve rüido me suspendo,
No temeroso por la vida mia,
Sí por mi dulce carga y compañía:

CXXI.

»Parecíame ya llegar seguro
Al deseado fin, cuando repente
Cual de veloces piés que el suelo duro
Batiesen, sordo estrépito se siente;
Y mi padre mirando de lo oscuro,
«Hijo,» dice, «huye, hijo; asoma gente:
Desvía; el temeroso centelleo
De las rodelas y corazas veo.»

CXLII.

»¡Ah! en tanto que mi pié medroso excusa
Por ignoradas vueltas el camino,
No sé qué invido Dios mi ya confusa
Razon de lleno á desquiciarme vino:
No supe más qué fué de mi Creusa;
Si la detuvo mi cruel destino,
Si erró la via, ó se sentó cansada;—
De entónces más, á mi clamor negada.

CXLIII.

»Ni la eché ménos hasta haber llegado
Todos los míos, con turbada huella,
Al templo antiguo y salvador collado:
Reunímonos; ¡faltaba sola ella!
Faltaba á su hijo, en lágrimas bañado;
Faltaba á mí, que en áspera querella,
¡Oh entre males tamaños mal supremo!
De hombres y Dioses con furor blasfemo.

CXLIV.

»Hijo, y padre, y penates encomiendo,
Puestos y ocultos en profundo valle,
A mis amigos: despechado emprendo
La ciudad recorrer hasta que halle
La infelice consorte; y no temiendo
Volver á abrirme entre enemigos calle,
Me ciño de la fúlgida armadura,
Y entrégome al dolor y á la ventura.

CXLV.

»Llego primero al murallon oscuro,
Puerta y umbral por do pasado habia;
Esfuézome á mirar, y mal seguro
Sigo por rastros una y otra via.
Horror, silencio en el desierto muro
Sólo hallar pude. Á la morada mia
Acudo; por si allá mi compañera
Tal vez, tal vez la planta dirigiera.

CXLVI.

»Mas de los enemigos mi morada
Presas era ya: la llama devorante
Por el Ábrego rápido aventada,
Crece, sube, revuélvese ondeante.
Enderezo al alcázar, y en la entrada
Del sagrario de Juno (en lo restante
Abandonada ya la ciudadela),
Hacen Fénix y Ulises centinela:

CXLVII.

»De los templos tornados en pavesas
Custodian el espléndido tesoro,
Vestis sacerdotales, sacras mesas,
Macizos vasos de luciente oro.
Vianse en torno de las ricas presas.
Niños sumidos en confuso lloro,
Mustias las madres que el dolor embarga,
Cautiva muchedumbre en rueda larga.

CXLVIII.

»Allí sin fruto y por doquier demando
El bien perdido: una vez y otra al viento
Su nombre doy, los ámbitos llenando
Con la cascada voz de mi lamento.
Así por las sombrías calles ando
En su busca con ciego desatiento,
Cuando al paso atraviésase y me nombra,
Pálido, alto fantasma;—era su sombra.

CXLIX.

»Tiémblame el corazón, se me eneriza
El cabello, la sangre se me hiela:
Mas ella hablando así me tranquiliza
Y futuros destinos me revela:
«¿Por qué tu corazón se martiriza,
»Ó á dó tu loca fantasía vuela?
»Templa el furor; no temerario oses
»Al imperio oponerte de los Dioses.

CL.

»Vencer no pienses mi eternal reposo,
»No contigo llevarme á otra ribera:
»Védalo *aquél* que todopoderoso
»En las sedes olímpicas impera.
»Vasto mar que surcar, amado esposo,
»Largo destierro que cumplir te espera;
»Mucho errarás; empero, finalmente,
»Llegarás á las playas de Occidente:

CLI.

»A Hesperia, patria de ínclitos varones,
»A donde ameno y dilatado ondea
»El liño Tibre, que en besar los dones
»De sus fértiles ribas se recrea.
»Ancho imperio, magníficos blasones,
»Régia consorte encontrarás; ni sea
»Mi memoria á tu pecho dolorosa:
»Harto has llorado á tu apartada esposa.

CLII.

»Que no á la nuera de la cipria Diva,
»La hija del frigio Rey, reduce el hado
»A sierva humilde de matrona aquiva:
»¡No irá á ver, no, del vencedor airado
»Soberbios techos mísera cautiva!
»La madre de los Dioses á su lado
»Me acoge. ¡Adios! por nuestro Ascanio vela;
»¡Amale siempre, y tu dolor consuela!»

CLIII.

»Yo que la oía en lágrimas deshecho,
Mil cosas fui á decir, cuando en sombríos
Celajes se encubrió. Tres veces le echo
Al cuello los amantes brazos míos,
Y tres veces, ¡oh pena! los estrecho
Contra el burlado corazón vacíos,
Desvanecida á mi anheloso empeño
Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

CLIV.

»La noche terminó con mi po-fía,
Y torné. Con portátiles haberes
Notable multitud llegado había,
Ausente yo, cabe el altar de Cérés.
Apellidanme todos jefe y guía:
«Contigo,» dicen, «á doquier esperes
»¡Ay! alejarnos del confin troyano,
»Rostro haremos al Ióbrego Oceano.»

CLV.

»Allí varones y hembras, niños, viejos,
Y larga y miserable muchedumbre.
Y ya anunciaban pálidos reflejos
Al sol, del Ida sobre la ardua cumbre.
Ocupadas las puertas á lo léjos,
Huye de auxilio la postrer vislumbre:
Cedo á la suerte: á recibir me inclino
Mi padre, y á los montes me encamino.

LIBRO TERCERO.

I.

«Después que el Cie'lo la inculpada gente
De Priamo y troyana monarquía
Derribó en tierra, y la ciudad potente
En círculos de humo perecía;
También por alta inspiración presente,
Mas sin saber por dónde el hado guía
O dó hemos de parar, labramos pinos
Que á otras playas nos lleven peregrinos.

II.

»Éramos cabe Antandro congregados
Al pié de Ida, y no bien pintó el estío,
Manda mi padre en brazos de los hados
Soltar velas del viento al albedrío.
Con llanto el puerto dejo, y los amados
Campos do Troya fué; y á la onda fio
Mi pueblo, y prole, y Dioses tutelares,
Y empiézome á engolfar en altos mares.